

## EUROPA Y JAPON FRENTE A LA CRISIS

Salvador *RODRÍGUEZ* y *RODRÍGUEZ*

Intentar plantearse cuál es la situación y cuál será la posible reacción de Europa Occidental y del Japón frente a la actual crisis del sistema capitalista internacional, principalmente frente a la hegemonía norteamericana, obliga a realizar, en nuestro concepto, un repaso de las condiciones en que se da el llamado auge económico de la posguerra.

Recordemos, primeramente que los Estados Unidos surgen de la Segunda Guerra Mundial (conflicto bélico interimperialista) como los únicos vencedores del mundo capitalista. Esto se tradujo en la imposición de una hegemonía irrefutable, por el momento, sobre el resto de los países imperialistas.

En los hechos, esta hegemonía norteamericana se materializó en el establecimiento de las bases, la creación de los mecanismos y la definición de las reglas del juego a partir de las cuales funcionaría, de ahí en adelante, el nuevo orden posbélico. Estas bases, mecanismos y reglas tomaron cuerpo en sendos sistemas y organismos internacionales, cuya función debería ser la «regulación» del sistema capitalista mundial. Para no mencionar sino un solo ejemplo, bastaría nombrar el establecimiento del actual sistema monetario internacional, hoy día en profunda crisis, pero que tanto contribuyó en los últimos 25 años a lo que los europeos llaman la asimetría occidental, amén de la superexplotación que ha permitido del mundo subdesarrollado.

En esas condiciones, las ventajas del nuevo «orden» institucionalizado fueron aprovechadas fundamentalmente por el imperialismo yanqui, pero aprovechadas igualmente, por los imperialismos europeo y japonés, aunque en menor medida.

Lo que queremos destacar con lo anterior es que el propio funcionamiento de los mecanismos establecidos por la política norteamericana para instrumentar su modelo de acumulación capitalista a escala mundial, ha hecho surgir paralelamente lo que bien podría ser el advenimiento de un nuevo equilibrio interimperialista, una nueva correlación de fuerzas.

Efectivamente, puede constatarse que durante las dos últimas décadas los países europeos y el Japón han logrado tasas de crecimiento muy superiores a las de los Estados Unidos; su ingreso personal se elevó relativamente más aprisa; el ritmo de su productividad fue más rápido que el de la economía norteamericana, reflejándose en precios de exportación más bajos de los artículos manufacturados; su participación absoluta y relativa dentro del comercio de los países que forman la Organización de Cooperación y Desarrollo Económico, (O.C.D.E.) ha aumentado constantemente, en detrimento de la participación norteamericana. Finalmente y en términos generales, la política imperialista de estos países se vuelve cada vez más agresiva frente a los países subdesarrollados con más posibilidades de desarrollo capitalista (Brasil, Argentina, Irán, México, etcétera, para no mencionar sino algunos), así como expansionista respecto a los países del bloque socialista.

Así pues, la lucha interimperialista se ha agudizado, cuestionándose a través de ella la hegemonía absoluta norteamericana, al mismo tiempo que el modelo de acumulación a escala mundial impuesto por el imperialismo yanqui desde 1945 ha comenzado a dar muestras de franco *agotamiento*.

Esta situación la refleja meridianamente la forma declinante y equívoca como se desarrolla la actividad económica internacional a partir de 1967, pero sobre todo desde el segundo semestre de 1974, así como las posiciones asumidas frente a una «coyuntura de crisis» por los diferentes países imperialistas.

Actualmente, en efecto, el sistema capitalista se encuentra frente a una situación coyuntural inédita. En términos económicos, ésta se traduce principalmente en: a) un descenso brusco y generalizado de la producción, b) el aumento alarmante del número de desempleados en cada país y c) tasas de inflación sumamente elevadas. La combinación de a) y c) constituye lo que se ha dado en llamar *estanflación*.

Ha sido precisamente la persistencia de la inflación, pero sobre todo su aceleración aún en condiciones francamente recesivas, lo que da el carácter inédito a la actual coyuntura económica de los países imperialistas.

Para 1973, pero sobre todo en 1974, el proceso inflacionario cobra toda su intensidad, con lo que se pone en serios aprietos a los gobiernos imperialistas, frente a la efervescencia social que el fenómeno suscita, aunado a un desempleo progresivo.

Es así como aprendemos que el fenómeno inflacionario no es un fenómeno meramente económico, sino igualmente social y político.

Ahora bien, frente a esta situación confusa y de desorden económico internacional, los gritos de alarma se escuchan en todas partes. Unos hablan de frenar la inflación. Para otros es más importante reactivar la economía depresiva, aunque esto signifique más inflación y una mayor agudización de las luchas de clases. De imponerse esta segunda política, entonces no estaremos sino en los albores de lo que será una lucha política y social abierta. Las condiciones para los cambios revolucionarios estarán dadas, pero ello no será suficiente, más bien, dependerá de la organización y decisión de los trabajadores para convertir estas condiciones en cambios cualitativos a su favor. Para la clase burguesa, particularmente la monopolística y sus respectivos gobiernos, llegó el momento de la prueba definitiva; y no les queda otra opción que la de emplear toda su fuerza para tratar de seguir imponiendo su régimen brutal e inhumano, que es el fascismo.

Así pues, la expresión social y política de los fenómenos económicos que caracterizan actualmente a la economía capitalista mundial, ha sido el avivamiento de la lucha de clases, en el orden interno. Pero, tratándose de una crisis estructural y generalizada del sistema capitalista, lo importante a destacar es, por un lado, la lucha interimperialista que necesariamente tendrá que revestir la *posible* solución a dicha crisis. En otras palabras, el resquebrajamiento económico, social y político del actual modelo de acumulación a escala mundial, dirigido aún por el imperialismo yanqui, obliga a la instrumentación y posible construcción de un nuevo modelo con el consiguiente «reacomodo» de cada uno de los países imperialistas dentro del mismo. Y, por otro lado, el desarrollo de la lucha de clases internacional que nuevamente se ha puesto a la orden del día.

Naturalmente que ese «reacomodo» estará dado en función directa de la fuerza económica y política de cada uno de los países imperialistas.

El Japón, por ejemplo, es el país que mejor ha asimilado la recesión generalizada del sistema, habiendo tenido que superar su déficit comercial del primer semestre de 1974, a través de un vigoroso impulso de sus exportaciones en el segundo semestre. Recordemos, además, que este país es el que más duramente resintió el alza del precio del crudo del petróleo, cuyo consumo total depende del exterior en un 74 por ciento. Esto ha sido posible gracias al poderío industrial que permite al Japón acrecentar sus ventas exteriores en casi todas las ramas (naviera, acero, química, automóvil, fertilizantes, etcétera) y esto a pesar del marasmo económico mundial. Sin embargo, las estructuras industriales y comerciales del Japón no lo

explican todo. El país está pagando fuertemente el precio de su restablecimiento exterior y de su lucha contra la inflación, que alcanzó el nivel récord de 23 por ciento en 1974. Este precio se traduce en un desempleo progresivo, quiebras en serie y un estancamiento del consumo interno.

La Europa Occidental, por su parte, intenta dar nuevos pasos hacia su integración total para lograr un frente de presión más sólido. Sin embargo, recordemos que Europa no constituye un bloque homogéneo de países, sino que por el contrario, en su seno existen más elementos nacionalistas que comunitarios. Por otro lado, aún es bastante considerable la influencia que el capitalismo monopolista norteamericano ejerce sobre ella, sobre todo en países tan importantes como Alemania Federal e Inglaterra. Además, dentro del mismo bloque hay pretensiones de liderazgo por parte de Alemania Federal y Francia que obstaculizan, más que ayudar, a una pretendida nacionalidad europea.